

Publicado en *La Provincia* (Las Palmas de Gran Canaria) el 5 de enero de 2006.

LO CREÍAMOS ETERNO...

(A la muerte de Jesús Orta Ruiz, el *Indio Naborí*)

Maximiano Trapero

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Lo creíamos eterno, y al fin resultó humano. Murió el *Indio Naborí*. Lo veíamos en todas partes, a pesar de su ceguera y de su delicada salud, pero siempre igual, con la sonrisa a cada saludo, con la palabra agradecida para todos, con el semblante sereno que sólo el sosiego interior concede. Sabíamos que estaba, que seguía escribiendo, que podíamos acudir a él, que en su casa de El Vedado recibía a cuantos a ella se acercaban. Nos habíamos acostumbrado a la figura venerable de un Jesús Orta Ruiz en ancianidad inmutable, y lo creíamos eterno.

«Como una alfiler de frío». Así le llegó también al *Indio Naborí* la muerte en una fría madrugada del penúltimo día del año 2005. Sin avisar, a hurtadillas y de sopetón. No le había bastado a ese terrible año con las catástrofes colectivas hechas en el mundo entero. Tuvo que llevarse también, a última hora y de madrugada, a un hombre que valía por toda una humanidad. No fueron suficientes para un año solo los cientos de miles de víctimas que el tsunami de Indonesia se llevó, las terribles desgracias que el terremoto de Afganistán causó, los desastres cuantiosos de los ciclones de Centroamérica, del Caribe y del sur de los Estados Unidos, y hasta de la tormenta tropical de Canarias, que esperó hasta el último momento para llevarse también al *Indio Naborí*, el poeta de la bondad, un alma blanca con palabra blanca, para hacer de su cifra, 2005, un año maldito, recordable por lo malo.

Quiso Jesús Orta Ruiz para sí un seudónimo, *Indio Naborí*, que representaba la humildad de su persona, recordando con ello a la clase de indígenas dedicados al trabajo entre la población prehispánica de Cuba, frente a los caciques, y así se le conoce en el mundo entero, por encima de su nombre de pila Jesús Orta Ruiz, Premio Nacional de Literatura de Cuba, candidato y finalista en varias ocasiones al Premio Príncipe de Asturias de las Letras, poeta maravilloso, investigador de la décima y él mismo decimista principal, el mejor «repentista» (poeta improvisador) que ha dado el siglo XX en Cuba y en toda Iberoamérica. Sabio de profundidades, humilde y generoso, pronto para el elogio y negado para el reproche. Siendo un autor consagrado, siempre tuvo la palabra de ánimo para quien empezaba, la sonrisa del optimismo. Como quien tiene dentro un sosiego infinito, hablaba con calma, sacando de una memoria prodigiosa los datos y los versos que ya sus ojos no podían leer; y los exponía con tal orden poético que hacía historia transparente de cualquier acontecimiento. El *Indio Naborí* era un grandísimo poeta, sin más adjetivo que ponerle, pero con una condición que pocos tienen, la de poder expresarse en la lírica más exquisita e innovadora o en los modos populares más tradicionales.

También Canarias se siente afectada por su muerte, pues era descendiente de canarios emigrados a Cuba, de la isla de Tenerife y del Valle de la Orotava. Aquí en Canarias estuvo en una ocasión memorable, para impartir la conferencia inaugural del VI Encuentro-Festival Iberoamericano de la Décima y el Verso Improvisado, en 1998. Y aquí en Canarias se han publicado dos libros suyos, *La medida de un suspiro* (El Museo Canario, 1999) y *Décimas para la historia* (Centro de la Cultura Popular Canaria, 1997), un libro éste que contiene las décimas improvisadas de una ya legendaria controversia entre él y Ángel Valiente y que se la empieza a conocer en el mundo entero, justamente por este libro

publicado en Canarias, como «la controversia del siglo en verso improvisado». Yo tengo esas décimas por un documento imprescindible de la historia todavía inédita —pero que habrá de escribirse— de la poesía improvisada en cualquier lengua y en cualquier época. ¡Qué maravilla! ¡Con cuánta naturalidad van metiéndose en los versos de esas décimas las verdades más hondas, los pensamientos más sublimes, las palabras más bellas: la poesía! En esas décimas improvisadas están Jorge Manrique, y Quevedo, y Calderón, y Santa Teresa, y Martí. Pero todo unido, quintaesenciado, y pasado por la humanidad del Indio Naborí, dicho con tanta sencillez y con ritmo tan natural como tienen siempre las cosas grandes y esenciales. Si de las *Coplas* de Jorge Manrique dijo Cervantes que merecerían estar escritas en letras de oro, de las décimas de «la controversia del siglo» digo yo que deberían estar en la mente de todos los hombres, pues son poesía benéfica.

Para mí el *Indio Naborí* ha sido una persona esencial, uno de esos individuos que entran en tu vida y te marcan para siempre. Lo conocí personalmente en 1995. Diez años pues tan solo de relación, pero me han valido por una vida entera. Hablar del *Indio Naborí* era siempre para mí la oportunidad de una satisfacción íntima; con su nombre me engrandecía y de su amistad me sentía orgulloso. El conocimiento que tuve de su persona y de su obra obraron siempre a mi favor y para mi bien. A la admiración que tengo por su obra, se une o se sobrepone el afecto hondo que le tuve como persona. Lo tuve no sé si como hermano o como padre, o quizás como una curiosa mixtura de ambas categorías. Era algo especial que las palabras existentes no saben precisar bien. En el último correo que recibí de él, tres días tan sólo antes de su muerte, a mi anterior felicitación navideña y a la noticia que le daba de que iba yo a ser abuelo, me contestaba que ese nieto mío lo iba a ser también suyo. Lo abracé por última vez al despedirme de su casa de El Vedado, a principios del julio pasado, con el convencimiento de que allí lo encontraría en cuantas ocasiones volviera a La Habana. Aquella casa y su familia eran también mi casa y mi familia cubanas. Nunca he conocido una familia tal como la del Indio Naborí. En aquella casa no se respira sino sosiego, respeto, armonía y amor. Allí se cumple lo que tantas veces se ha dicho de que al lado de un gran hombre hay siempre una gran mujer: Eloína, ejemplo de delicadeza y de bondad, y de dedicación abnegada a su poeta. A ella dedicó Naborí uno de sus últimos y más hermosos libros, *Con tus ojos míos*, cuando, falto de vista, Eloína se convirtió en sus propios ojos.

A él que tanto cantó a la muerte, doloridamente, pero sin desgarrar, incluso en la muerte de su propio hijo niño, también le ha llegado la hora, a pesar de que lo creíamos eterno. Él lo había dicho en verso: no sentía tanto a la muerte como quedar en este mundo sin memoria. La suya, la memoria del *Indio Naborí* ha ganado ya el futuro. Su nombre quedará perenne en muchas de las páginas de la mejor poesía escrita en español. Mientras vivamos quienes lo conocimos seguiremos repitiendo su nombre, bien el seudónimo bien el de pila, con admiración, con respeto y con inmenso cariño. Y una vez concluidas también nuestras voces, el nombre del *Indio Naborí* seguirá resonando en la leyenda, como un Homero intemporal, hecho mito, pues en la persona y en la obra de Jesús Orta Ruiz se conjugaron los dos tipos humanos y literarios más perdurables de la literatura popular en lengua española desde la Edad Media: el juglar y el trovador, de suerte que el nombre del *Indio Naborí* es hoy el representante más genuino de la poesía oral del mundo hispánico.